

LAYLA JAMES

VENDIDA

EL PRECIO DE UNA PRIMICIA

HISTORIA
HOT
ERÓTICA



Layla James

Vendida El Precio de una Primicia

* * *

HISTORIA ERÓTICA

© Copyright 2024 Layla James
Traducción: Tra Parole Traduzioni
Todos los derechos están reservados al Autor

Queda prohibido cualquier uso, total o parcial de la obra, salvo consentimiento del autor. Cualquier reproducción no expresamente autorizada por el autor se considerará como una violación del copyright.

Esta novela es una obra de ficción.
Cualquier referencia a lugares, hechos o personas reales es fruto de la imaginación del autor a los efectos de la narración.

El dedo índice de la mano derecha de Sharon hacía correr la rueda del ratón con un movimiento frenético, claro signo de la impaciencia que sentía por lo que estaba leyendo en el monitor. A su alrededor, el ajetreo y el bullicio de la redacción del Boston Today, para el que trabajaba desde hacía cuatro años, no le daban respiro, con el timbre de los teléfonos, el golpeteo de los teclados y las conversaciones de casi dos docenas de reporteros, todos trabajando en sus historias para la edición de la tarde. Sólo eran las diez de la mañana, pero como solía decirse: “al que madruga Dios le ayuda”, y la carrera por la primicia era una práctica irrenunciable.

Su mirada pasó del ordenador a la foto enmarcada que tenía sobre su escritorio: un selfie al atardecer, con su marido Richard, desde la terraza panorámica en su nueva villa con una espléndida vista al océano Atlántico. Abrazada a su lado, Sharon parecía una chiquilla recién salida del instituto, a pesar de tener únicamente cuatro años menos.

Había sido amor a primera vista, precisamente cuando acababa de graduarse. Se habían conocido en una fiesta organizada por su amiga Pauline, quien llevaba varias semanas insistiendo en que debía dedicarse menos al estudio y más a encontrar un buen novio. Al verla sola, consultando los títulos de los libros de economía en el estante, la había llevado aparte y le había dicho en la cara todo lo que pensaba.

—Sharon, sabes que siempre he sido directa contigo, así que me gustaría que te dieras cuenta de lo que estás haciendo.

—¿A qué te refieres?

—¿Acaso no te ves? Estás en mi fiesta de cumpleaños, debe haber al menos diez chicos que sólo quieren divertirse y tú estás aquí, con tu zumo de naranja, mirando libros aburridísimos. —Pauline bebió el último sorbo de su margarita antes de coger a su amiga de la mano—. Ahora ven conmigo. ¿Ves a ese tipo guapo de allí, el que está hablando con Margie y Sophie? ¿Sabes quién es?

—No, ¿debería?

—Por supuesto que deberías, considerando que estás como un tren, no tienes novio, y él es Richard Makris, hijo de Alexander Makris.

—¿Y?

—¡Dios, Sharon, no tienes remedio!

Sin la menor vacilación, la había arrastrado por toda la sala, conduciéndola en presencia de Richard, y después de tomar a las otras dos chicas del brazo, se las había llevado con la excusa de pedirles que le echaran una mano para reponer el buffet.

Al recordar esa noche, una sonrisa asomó en los labios de Sharon. —Pauline, qué tremenda. Si no hubiera sido por ella...

Ya, si no hubiera sido por Pauline quién sabe cómo habría sido su vida. Ah, sí, porque los modales amables, por momentos caballerosos, de Richard la habían conquistado inmediatamente. Aunque, sin lugar a dudas, el hecho de que fuera uno de los arquitectos más en boga de la ciudad había jugado un papel decisivo para hacerla llegar al altar, después de tan solo cinco meses, sin pensarlo dos veces.

Recordó esa noche, un día después de haber tomado la foto, sentados en su mesa habitual en el Capital Grille, el restaurante favorito de Richard. Él le había propuesto que dejara su trabajo de periodista para dedicarse a la casa, a las tareas del hogar, sin tener que preocuparse más por competir para abrirse camino y hacer una carrera. La respuesta de Sharon no había dejado lugar a réplica.

—Gracias, Richard, sé que te preocupas por mí, pero mi trabajo es la parte más importante de mi vida. —A la mirada herida de Richard había seguido un patético—: Después de ti, por supuesto.

Y era cierto, su trabajo la hacía sentir viva, le daba el estímulo exacto para mejorar, pero sobre todo le aportaba esas emociones fuertes que Sharon sentía que necesitaba.

Se detuvo un momento para examinar su apariencia en la fotografía. La imagen era de dos años

antes, pero ella estaba idéntica: cabello rubio y lacio, largo hasta los hombros, algunas pecas en el rostro que tenía la forma de un óvalo perfecto, una nariz ligeramente respingona que resaltaba sus labios carnosos con una vaga forma de corazón. No era muy alta, pero las curvas en los lugares correctos le daban a su cuerpo una armonía estética fascinante. Los sacrificios profesionales realizados a lo largo de los años habían dejado algunas arrugas de expresión en su cara, pero en conjunto podía considerarse más una “chica” que una “mujer”.

—Mírate, con esas tetas y ese culo todavía podrías ser gogó en una discoteca. —Apartó de repente los ojos de la fotografía, al darse cuenta de que estaba hablando sola, aunque en el caos general nadie le prestaba atención.

Con una pizca de orgullo, se arregló el moño que recogía su abundante cabello en su nuca y luego empujó en su nariz sus gafas de montura de carey, que enmarcaban sus grandes ojos verdes.

Se preocupaba mucho por estar siempre perfecta, tanto en casa como en el trabajo; era parte de una mentalidad rígida heredada a la fuerza de sus padres y que para ella se había vuelto indispensable. La camisa blanca, bien ceñida con el cinturón, le daba un toque de luz bajo la chaqueta gris del tailleur, mientras los Mary Jane de un riguroso negro brillante asomaban bajo el dobladillo del pantalón de raya diplomática. Un perfecto look de periodista exitosa.

Volvió a mirar el monitor y un resoplido de frustración escapó de su boca: el artículo que le habían asignado era sobre un idiota que se quejaba del trato injusto que había recibido por parte de los auxiliares del estacionamiento.

Como si fuera una novedad.

Todo por culpa de ese arrogante capullo de Beauchamp, pensó.

En efecto, hacía un mes que se veía obligada a lidiar con esa clase de historias insignificantes. Desde que Hughes, su editor, la había enviado con ese presuntuoso político oportunista para conseguir una entrevista sobre un escándalo de corrupción en el ayuntamiento. Sharon había llegado a su casa puntual como de costumbre, la entrevista había empezado bien, pero él había tenido la mala idea de sentarse a su lado en el sofá y poner una mano en su muslo.

Ella inmediatamente lo había rechazado con amabilidad, de manera educada, temiendo enemistarse con el hombre, sin embargo Beauchamp se había vuelto insistente y al final se había acercado demasiado y había intentado tocarle las tetas. La mano de Sharon había reaccionado en forma automática, soltándole un bofetón en la cara con tanta fuerza que le quemó la palma.

Fue un gesto más que legítimo, Sharon era una reportera profesional de cierto nivel, y la novatada que tuvo que pagar para alcanzar su puesto la justificaba plenamente. El caso es que él había comenzado a resoplar por la nariz como un toro enfurecido, se había levantado de un salto y la había echado de malos modos, dejándola sin entrevista, aunque con la satisfacción de haberlo tratado como se merecía.

Inútil decir que Hughes no estuvo feliz con eso, especialmente después de que un periódico de la competencia se apoderó de la historia y la difundió por derecho propio. Ella había tratado de justificarse explicándole la situación, pero no había habido manera de hacerlo entrar en razón; Hughes era de la vieja escuela, el clásico director que, con tal de obtener un gran artículo para su periódico, habría estado dispuesto a desangrarse. Desde entonces Sharon había perdido su favor.

Había sido condenadamente injusto y ella lo sabía bien.

Sabía que era una buena periodista, se había ganado el puesto que tenía con sudor; no debería haber agachado la cabeza y soportado ese tipo de trato sólo por ser mujer. Pero aún así, ahí estaba ella, atrapada lidiando con exposiciones caninas y gente enfadada porque les habían puesto una multa de aparcamiento.

Mientras Sharon rumiaba sobre lo injusto que era el trato que le reservaba su editor, el sonido del teléfono la devolvió a la realidad.

Dos timbres cortos: una llamada interna.

—Sharon Cole —dijo, con su habitual tono distante y profesional.

—Sharon, a mi oficina, ahora. —El tono imperativo de Hughes era inconfundible.

—De inmediato —respondió ella antes de colgar.

Se levantó, se alisó los pantalones en las caderas y se dirigió hacia la oficina con paredes de cristal de su jefe.

Hughes le hizo señas con un dedo para que entrara, sin siquiera mirarla, concentrado como estaba en tomar apuntes en un bloc de notas mientras, con el ceño fruncido, hablaba por teléfono.

—Uhm, sí, por supuesto. Definitivamente lo haré —concluyó, antes de colgar nuevamente y centrar su atención en ella, de pie frente a su escritorio.

Se subió bien las mangas de la camisa y se apoyó en el respaldo del sillón, exponiendo su barriga, madurada a lo largo de bastantes años de inactividad física debido al trabajo sedentario.

En su cabeza completamente calva, las arrugas en su frente aún contraída por la conversación, delataban todos y cada uno de sus cincuenta y tres años. De no haber sido por su aspecto físico desaliñado, habría sido un hombre interesante, de hombros anchos y ojos profundos con la mirada aguda de un periodista con treinta años de carrera a sus espaldas.

—Sharon. —Fue inmediatamente al grano, colocando con cuidado su Montblanc en el portalápices de cuero oscuro—. Tengo un trabajo para ti.

—¿Qué pasó? ¿Alguna abuelita ha perdido su pequinés? —Sharon no pudo contener el amargo sarcasmo que tiñó fuertemente sus palabras.

—Cometiste un error con Beauchamp, lo sabes —pasó por alto Hughes—. De todos modos, ahora quiero darte la oportunidad de enmendar las cosas.

Ella sostuvo la mirada del hombre, entrecerrando los ojos hasta convertirlos en rendijas. Por nada del mundo estaba dispuesta a admitir que había cometido un error, pero en el fondo sabía que él tenía razón: esa vez había cometido un error, al menos a nivel profesional.

Por lo demás, lo conocía bien: estaba segura de que él no la trataba así por el hecho de ser mujer. Si hubiera sido hombre, Beauchamp homosexual y hubiera intentado ligar, las consecuencias habrían sido las mismas.

Su jefe era la persona más recta y sin prejuicios que conocía: le importaba un pimiento el sexo, la religión, la raza o la política. Lo único que le importaba era que sus reporteros obtuvieran el material para el periódico. Caso contrario, significaba que se habían equivocado, y él no tenía ningún reparo a la hora de hacérselos pesar.

—La situación es la siguiente: corre el rumor de que alguien, a base de millones de dólares, está intentando convertirse en el mayor accionista de Haber Pharma. —Hughes se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre el escritorio—. Al parecer, este alguien ha enviado a dos de sus delegados a la ciudad. Están registrados en el Ritz-Carlton, con los nombres de Kevin Baxter y Ron Simmons. —Bajó la cabeza para mirarla por encima de sus gafas de lectura—. Quiero que vayas allí y veas si puedes hacer que te den alguna información.

—Pero, jefe, si representan a un comprador, seguramente no querrán...

Hughes levantó una mano para detenerla.

—Sharon, sé que no será fácil, pero tenemos que intentarlo y tú tienes lo necesario para conseguirlo. —Hacerle un cumplido era parte de su táctica de persuasión. Luego asestó el golpe final—. Si consigues sacar algo de esta historia, volverás a congraciarte oficialmente conmigo. —Una sonrisa torcida se dibujó en su rostro—. Basta con que no metas la pata.

Sharon llevó las manos a sus caderas, para darse un cierto, aunque inútil, tono.

—¿Y si lo hiciera?

—Este sábado hay una exposición canina en el West Side —respondió Hughes, sin mover un solo músculo de la cara.

—Entiendo. Me ocuparé de ello ahora mismo, efectivamente es una oportunidad que no debe perderse. —La alusión a la posibilidad de enmendar el error del pasado era evidente.

Dio media vuelta y salió de la oficina cerrando la puerta a sus espaldas, mientras en su interior

sentía que la rabia se transformaba en cínica determinación: estaba de nuevo en la pista.

En la suite panorámica del décimo piso del Ritz-Carlton, Kevin Baxter vertió otro Lagavulin en su vaso tumbler, hizo lo mismo con el de su colega, Ron Simmons, y se lo alcanzó.

Llevaban tres días segregados en aquel maldito hotel, a la espera de que la Haber Pharma se pusiera en contacto con ellos para concertar una cita. Habían recibido órdenes estrictas de permanecer siempre disponibles, por lo que no podrían haber salido; después de todo se trataba de un viaje de trabajo, no de vacaciones.

Esa mañana finalmente habían recibido la llamada telefónica tan esperada, pero sólo para que les dijeran que serían contactados nuevamente por la tarde para ultimarlos todo, lo que significaba pasar el enésimo día encerrados en esa, aunque lujosa, habitación de hotel.

Baxter era el negociador. Alto y de físico atlético, parecía una estrella de cine, con sus ojos grises de perfil ligeramente almendrado y su cabello negro, largo hasta la base del cuello, que realzaba su rostro adornado con una barba corta y bien cuidada: una presencia capaz de encantar y enfrentar una habitación llena de ejecutivos.

Ron Simmons era en cambio el hombre de los números. Su trabajo consistía en asegurarse de que nadie cometiera irregularidades, ya fueran intencionadas o no, antes de que se firmaran los documentos. Algo más bajo y delgado que su colega, llevaba el cabello castaño corto a los lados y flotando en el aire sobre un rostro estrecho y bien rasurado. Sus gafas redondas lo hacían parecer un estudiante universitario, más que un contable meticulado e inflexible.

De aspecto diferente, pero ambos por encima de las cuatro décadas, los dos hombres trabajaban juntos desde hacía años, formando un equipo formidable.

Kevin bebió un sorbo de su whisky mientras se paseaba nerviosamente frente al gran ventanal que daba al Boston Common Park.

—Dios, ya no soporto estar aquí.

Simmons, sentado en el sofá, levantó la vista del montón de papeles que estaba examinando y se acomodó las gafas en la nariz. Estaba tan fastidiado como su colega, pero lograba disimularlo mejor.

—Ya —se encogió de hombros— pero veamos el lado positivo: tal vez más tarde haya alguna bella señora abajo, en el bar del hotel. —Lo miró de manera melancólica.

Baxter colocó su vaso en el alféizar de la ventana, observando desconsolado el panorama. —Necesitaríamos al menos una o dos prostitutas con clase, más que una bella señora.

Simmons dejó caer las hojas sobre la mesa de café. —Bueno, esa no es una mala idea.

—¿A qué te refieres? —El otro se volvió, intrigado.

—Me refiero a que en cualquier revista para adultos siempre hay anuncios de agencias de escorts. Podríamos intentar llamar a una, ¿no?

Una sonrisa se extendió lentamente por el hermoso rostro de Baxter. —Eres un genio, Ron. ¿Cómo no lo pensé?

—Porque eres demasiado pragmático, amigo mío. Un mal de todos los especuladores.

—Que te den, Ron. —Baxter fue al dormitorio y sacó su trolley del armario empotrado. Lo abrió y extrajo un periódico del bolsillo interno, luego regresó a paso rápido hacia Simmons—. Cogí esto en el aeropuerto. —Le mostró la portada de papel satinado con una mujer posando sexy—. Debería funcionar, ¿qué dices?

Emocionado como un niño abriendo su regalo de cumpleaños, comenzó a hojear las páginas de manera compulsiva, barriéndolas con una rapidez digna de un halcón.

—Seguramente habrá una sección de anuncios. —Llegó al final de la revista—. ¡Aquí está! Elegiré uno al azar. —Entrecerró los ojos y dejó caer su dedo índice sobre la página, buscó su teléfono y marcó el número.

—¿Tomaremos una o dos? —se volvió hacia Simmons con una mano presionada en el micrófono del auricular, mientras el teléfono ya sonaba.

Simmons pensó por un momento antes de responder. —Yo diría que una—. Le guiñó un ojo. —Le proporcionaremos un buen servicio, como a la desnudista en Houston la primavera pasada. ¿Lo recuerdas?

Baxter apenas tuvo tiempo de esbozar una sonrisa de complicidad cuando el timbre del teléfono dejó lugar a una seductora voz femenina. Dio unos cuantos pasos de un lado a otro de la suite, parlooteando en voz baja para acordar, luego colgó la llamada y se paró frente a Simmons.

—Perfecto. Nos enviarán a una chica, estará aquí dentro de poco. Sería bueno avisar a la recepción.

Una gran sonrisa asomó en su boca, se giró hacia la ventana, tomó el vaso que lo esperaba en el alféizar y se bebió el whisky restante de un solo trago.

Los dos porteros vestidos con uniformes grises abrieron simultáneamente las dos grandes puertas vidriadas y dejaron pasar a Sharon al hall del Ritz-Carlton. Sus fosas nasales fueron inmediatamente acariciadas por un tenue aroma floral, mientras sus ojos vagaban en busca del mostrador.

Una vez en presencia de la recepcionista, con el propósito de permanecer de incógnito, se limitó a decir que los señores Baxter y Simmons la esperaban. Para su sorpresa, la señorita no hizo más que indicarle, con una gran sonrisa, el piso y la habitación a la que debía tocar. Sharon le agradeció, algo asombrada por la facilidad con la que había obtenido la información, pero una vez en el ascensor, trató de concentrarse en la entrevista y en el enfoque que debería adoptar para obtener la mayor cantidad de información posible.

Se arregló la chaqueta del tailleur, acercó la cara al espejo para examinar en detalle su maquillaje, y se ajustó las gafas en la nariz.

—Esta es tu gran oportunidad, Sharon. Demuéstrale a tu querido editor quién es Sharon Cole. —Se colocó algunos mechones de cabello rubio detrás de la oreja y sonrió complacida—. Tendrás que agradecerme, mi querido Hughes.

Se alisó los pantalones sobre las caderas y sobre los muslos redondos, luego desabrochó el primer botón de su camisa y acomodó la chaqueta en sus hombros. Sus pechos asomaban tentadoramente en el escote, pero no de forma tan evidente como para que pareciera vulgar o intencional.

—Perfecta. —Se guiñó el ojo en el espejo, al tiempo que el *ting* del ascensor señalaba la llegada al piso deseado.

Un rápido vistazo a la secuencia de los números de las habitaciones en el pasillo, unos pocos pasos silenciados por la moquette, y se encontró frente a la puerta correcta.

Llamó, golpeando en forma suave pero firme con sus nudillos y después de tan solo tres segundos, la vio abrirse.

El hombre que apareció en el umbral era alto y bien parecido, con una marcada sonrisa seductora. A los ojos expertos de Sharon, su outfit ciertamente poco profesional no pasó inadvertido: mangas de camisa enrolladas hasta los codos, sin corbata y los primeros dos botones del cuello desabrochados, dejando entrever su torso bronceado.

—Ah, por favor, pase —dijo afablemente, indicándole que entrara—. Soy Kevin.

Kevin, Kevin Baxter...

Sharon se sintió algo turbada por su comportamiento amistoso, pero aún así no dejó que se lo repitiera dos veces; en la situación en la que se encontraba, debía captar y sacar provecho de cada pequeño aspecto de ese encuentro para adaptarse lo mejor posible a la situación.

Por cierto, la atractiva presencia del hombre volvía la tarea mucho más fácil, incluso si su mirada casi había hecho que se sonrojara como una colegiala. Ella le devolvió la sonrisa, mientras Baxter señalaba a su colega sentado en el sofá con las piernas cruzadas, también él sonriente y vestido de manera informal. —Y él es Ron —continuó—. ¿Tú eres?

Bien, al menos no son dos viejos presuntuosos, pensó mientras se adentraba en la espléndida suite, sosteniendo su bolso con la mano izquierda para tender la derecha a Baxter.

—Sharon —respondió—, mi nombre es Sharon.

—Encantado de conocerte, Sharon. —No se limitó a estrechar su mano, sino que se acercó a pocos centímetros de ella, elevándose con su escultural constitución, y le dio un cortés beso en la mano, como un verdadero caballero de otros tiempos.

—Entonces, Sharon, llevamos tres días atrapados en este hotel, de modo que nos disculparás pero no tenemos mucha paciencia.

—Por supuesto, comprendo. —Ese repentino cambio de comportamiento la turbó. Había cantado victoria demasiado pronto, tal vez no todo sería “color de rosas”, pero a esas alturas estaba acostumbrada a pelear a puñetazos con su suerte.

Se quitó el bolso del hombro, lo depositó sobre la mesa de café y lo abrió para coger el boli y su cuaderno Moleskine, para tomar notas. —Cojo mi...

—No es necesario —la interrumpió perentoriamente.

—Pero lo necesito para...

Baxter se puso delante de ella, con las manos en los bolsillos. —Sharon, no quiero ser grosero, pero tú estás aquí por nosotros, ¿cierto? —Su voz era amable, sin embargo el tono era firme, el tono de un hombre acostumbrado a obtener las cosas a su manera y que sabía que no podían contradecirlo—. Ahora, puedo asegurarte que tendrás lo que fue acordado; somos personas correctas y de palabra, pero las reglas las decidimos nosotros.

Sharon asintió, sin saber qué responder. Sintió que una punzada de irritación crecía en su interior y al momento decidió cortarla de raíz: no podía permitirse el lujo de ser tan susceptible, no ese día. Hughes había sido muy claro: esta primicia la pondría de nuevo en la cresta de la ola.

Al verla asentir, Baxter sonrió complacido. —Excelente. Entonces nosotros decidimos qué hacer, te prometo que respetaremos nuestra parte.

—Y verás que te irás de aquí satisfecha —intervino Simmons, quitándose las gafas y colocándolas sobre la mesa de café.

Sharon desenfundó su sonrisa más amistosa. —Claro, chicos, como queráis. Lo haremos a vuestro modo.

—Bien, Sharon, esa es la actitud. —Baxter sacó las manos de los bolsillos—. Así que ahora, ponte de rodillas. —Con la mano derecha se desabrochó el cinturón, al tiempo que con la izquierda bajaba la cremallera de su pantalón.

La mirada del hombre era inflexible; le sonreía con ojos chispeantes, mientras su mano comenzaba a jugar en la bragueta.

Sharon por un momento se sintió desconcertada: ¿había oído bien? Lo miró de abajo a arriba, con los ojos muy abiertos a través de sus elegantes gafas de carey.

—¿C... cómo, perdón? —fue lo único que logró balbucear.

La mirada decidida de Baxter no admitía réplicas.

—Has oído bien, Sharon. Quiero que te arrodilles, ahora, y que me chupes la polla. —Se acercó, colocó su dedo índice debajo de su barbilla y le levantó la cabeza, obligándola a mirar sus profundos

ojos negros—. O, si prefieres, puedes marcharte. Podemos llamar a otra, no hay ningún problema.

Esas palabras hicieron que la mente de Sharon se proyectara hacia atrás en el tiempo, cuando había reaccionado violentamente frente a los avances de Beauchamp; el periódico rival había acaparado la entrevista y ella todavía estaba pagando las consecuencias.

En una fracción de segundo, mil pensamientos pasaron por su cabeza: ¿cómo podía volver con Hughes de nuevo con las manos vacías? Sería el final de su carrera y esta vez, definitivo.

Satisfacer a Baxter era su única salida, su única oportunidad para enmendar lo ocurrido. Pensó en Richard: tendría que contarle todo, explicarle la situación... Difícilmente la comprendería, su relación se vería comprometida.

Se encontró frente a una encrucijada, eligiendo entre su matrimonio y su realización profesional, pero convertirse en una gran reportera había sido su sueño desde pequeña, no podía renunciar a ello precisamente ahora. Entonces su carrera prevaleció.

Se dijo que, a fin de cuentas, podría omitir contárselo a su marido, que incluso podría mentirle al mismísimo Hughes, diciéndole que todo había ido muy bien, sin tropiezos, gracias a sus habilidades profesionales.

Sí, Sharon, nadie lo sabrá jamás.

Encerró todos sus escrúpulos en un cofre, tiró la llave y, respirando hondo, se arrodilló frente a Baxter.

Por un momento, cuando sus rodillas tocaron la alfombra, en su mente un último extracto de culpa le gritó que se levantara, se fuera y enviara todo el demonio.

Dios, Richard... ¿Qué pensarías al verme así!

¿Qué pensaría al verla de rodillas frente a un perfecto desconocido en una habitación de hotel, a punto de llevarse su polla a la boca a cambio de una entrevista?

Luego, el último período que había pasado escribiendo sobre gatos salvados de los árboles por los bomberos, apareció en esa misma pantalla interna, reemplazando el rostro de Richard.

Lo siento, querido, es demasiado importante para mí, pensó mientras el hombre sacaba su miembro del pantalón.

De rodillas frente a él, Sharon miró con asombro la enorme polla a pocos centímetros de su cara: era mucho más grande que la de Richard, con ese capullo ancho, una verga gruesa y venosa. Asimismo constató que no estaba todavía completamente dura; con una rápida proyección mental como buena periodista, imaginó que, en completa erección, tendría más de veinte centímetros de largo y el ancho de su muñeca.

La voz cavernosa de Baxter llegó para poner fin a sus pensamientos.

—Tócala —le ordenó—. Vamos, cógela, quiero sentir el calor de tu mano.

Sharon obedeció sin decir una palabra. Con los ojos bien abiertos ante la gran polla, levantó la mano y la envolvió a su alrededor, incapaz de cerrarla. Era ancha, pesada y cálida, y podía sentirla palpitante mientras se engrosaba entre sus dedos, que comenzaron a deslizarse hacia arriba y hacia abajo, algo vacilantes.

—Buena chica, ahora cógela en tu boca —Baxter colocó también su otra mano en su nuca, empujándola a obedecer.

Ella, por un momento titubeó, con su miembro pendiendo frente a su cara, luego se armó de valor y, después de respirar hondo una última vez, abrió por completo su boca y envolvió con sus labios el gran capullo hinchado.

La carne palpitante llenó su boca.

Dios, ¿pero cuánto medía?

Comenzó a chuparla delicadamente, pasando al mismo tiempo su lengua desde el prepucio hasta la punta; era buena y lo sabía. Desde los tiempos del instituto siempre le había gustado hacer mamadas, aunque nunca había tenido que vérselas con un instrumento de ese tamaño. Esa era la oportunidad adecuada para aprovechar toda su experiencia y obtener el máximo de ese sacrificio

suyo.

Sharon pasó su mano arriba y abajo a lo largo de la verga, sintiendo cómo se hinchaba hasta alcanzar su máxima dureza. Podía percibir las gotas de líquido preseminal uniéndose a la saliva que llenaba su boca, y la respiración de Baxter acelerándose gracias a sus atenciones.

La polla completamente erecta se deslizaba entre sus labios, haciendo que se sintiera violada, pero una especie de placer prohibido comenzaba a estimularla desde dentro. Dejó de trabajar el capullo con su lengua y la aplanó hacia abajo para crear el mayor espacio posible en su boca.

Baxter colocó ambas manos sobre su cabeza y movió las caderas para empujarse más profundamente. El capullo entró por completo, llenando la boca de Sharon y golpeando la parte posterior de su garganta, provocándole una arcada que contuvo a duras penas.

Él lo notó y bajó la mirada intentando controlar sus embestidas. Recogió su largo cabello rubio con ambas manos para disfrutar de la espléndida vista de su polla deslizándose dentro y fuera de sus labios.

—Lo estás haciendo muy bien, Sharon. Ahora quiero que me mires mientras te follo la boca.

La voz profunda del hombre sonó como una dulce invitación a dejarse llevar, a entrar en mayor intimidad con él, y Sharon la cogió. Con la boca bien abierta, llena de esa gran polla dura, levantó ligeramente la cabeza y miró hacia arriba, buscando los ojos anhelantes de Baxter.

Se sentía sometida, obligada a obedecer a un extraño cediendo a sus tórridos deseos, pero esa tensión que rápidamente la había frenado se había desvanecido, dando paso a una emoción nueva, desconocida para ella, que comenzaba a bramar por manifestarse. Su cuerpo le estaba enviando mensajes inequívocos: el repentino endurecimiento de sus pezones, la humedad que comenzaba a lamer sus braguitas y esa cálida tensión que desde su bajo vientre se difundía a todo su cuerpo.

Simmons, mientras tanto, disfrutaba del espectáculo sentado en el sofá, admirando fascinado a aquella escort unos años mayor de lo que había imaginado y con una clase inesperada: parecía más una mujer de negocios que una prostituta cara. De alguna manera ese look resultaba mucho más provocativo que la minifalda y los tacones de doce centímetros que usaría una clásica meretriz.

Además, el ver a una mujer y no a una chiquilla, tan sofisticada, de rodillas con la enorme polla de Baxter en la boca, lo excitaba mucho más que cualquier Barbie prostituta. Se desabrochó los pantalones, se la sacó y comenzó a acariciarse lentamente.

Sharon captó su movimiento en el sofá con el rabillo del ojo. Sin dejar de trabajar con su boca, espío al otro hombre, sentado allí, masturbándose con los pantalones a medio muslo. Notó que su instrumento no era tan largo y grueso como el de Baxter, estaba en la media, parecido a los que ella podía recordar. Un pensamiento llenó prepotentemente su mente: ¿debería hacerle un pequeño servicio también a él?

A estas alturas, chupar una polla o dos, no hace ninguna diferencia, pensó con resignación. Pero definitivamente obtendré mi primicia.

Mientras una de sus manos seguía deslizándose por la gruesa verga, con la otra Sharon recogió las pesadas pelotas y comenzó a masajearlas con extrema delicadeza, mientras chupaba el capullo con firmeza.

Los suspiros del hombre y las contracciones de sus caderas eran para ella la confirmación de que su trabajo estaba alcanzando su objetivo: no duraría mucho más.

¿Me avisará, antes de correrse, o explotará en mi boca sin decírmelo?

La voz cavernosa de Baxter irrumpió para satisfacer su curiosidad.

—Sí, joder, me estoy corriendo. —Tomó la cabeza de Sharon con ambas manos y bajó la vista para disfrutar al máximo del espectáculo—. Mírame y no te detengas, pequeña, quiero correrme en tu boca.

Con un gemido gutural, alcanzó su máximo placer, precedido por una orden perentoria: —Trágalo. Quiero que te lo tragues todo. —Se empujó hasta el fondo de su boca, con su polla que se contraía y se sacudía.

Sharon tuvo un momento de turbación: siempre había conseguido evitar eso, nunca se lo había permitido a nadie, ni siquiera a Richard, pero la situación le exigía hacer a un lado cualquier reparo. Por otra parte, con él sosteniendo su cabeza, no tenía otra opción.

El primer chorro potente de semen llegó directo a su garganta.

Tenía ganas de toser, riachuelos de lágrimas marcaron su rostro, pero no podía escupirlo, no con la boca llena de toda esa carne dura; así que tragaba o se ahogaba. Y lo hizo: tragó, por primera vez en su vida.

El fluido espeso y caliente se deslizó hacia abajo, pero no tuvo tiempo de tragarlo: el glánde palpitante continuó rociando largos borbotones de lefa, uno tras otro, amenazando con ahogarla. Sharon se lo zampó sin más reparos, chorro tras chorro, sin embargo sus esfuerzos no fueron suficientes: un par de ríos de semen gotearon desde las comisuras de su boca y corrieron por su barbilla.

Tras una última y poderosa contracción, los gruñidos de Baxter se interrumpieron, dejándolo sin aliento, con su polla ahora inerme dentro de su boca. Sacándola con un profundo suspiro, cargado de satisfacción, la miró a los ojos, aún brillantes por el trato sufrido.

—Nada mal, pequeña.

Era sincero, Sharon lo percibió en su mirada satisfecha y a su pesar sintió una oleada de orgullo: nadie nunca había comentado sobre su habilidad sexual de una manera tan directa.

¿Cuál diablos es mi problema? La usual voccecita la llamó al orden. *Como si necesitara de la aprobación de un extraño que acaba de correrse en mi boca.*

Baxter, todavía vestido, con su gran polla colgando de la bragueta, se acercó a un sillón y se hundió en él, con aire sosegado por el placer experimentado. Su colega le dedicó un atisbo de sonrisa, luego se volvió hacia Sharon y le hizo señas con su dedo índice para que se uniera a él.

Ella se levantó, caminó hacia el sofá y sabiendo muy bien lo que le esperaba, se arrodilló entre las piernas de Simmons. Lo miró un momento y luego bajó la cabeza sobre su polla, con la boca abierta y lista, pero la voz del hombre la detuvo. Con los ojos entrecerrados, le comunicó su deseo.

—Espera. Saca la lengua, muéstrame qué sabes hacer con ella.

También retiró sus pelotas y se las ofreció, apretándolas entre el pulgar y el índice. —Comienza por aquí: lámeme bien los huevos.

Sharon obedeció, acercó sus labios y comenzó a rodear con su lengua la piel tensa entre sus dedos. A unos pocos milímetros de sus ojos, la polla erecta sobresalía contrayéndose con cada uno de sus movimientos; el olor del sexo del hombre encendió en ella instintos ya olvidados, haciendo que abandonara toda forma de pudor. Hubiera querido cogerla de inmediato en su boca, pero prefirió esperar la orden de Simmons, para satisfacerlo plenamente.

Esa orden no llegó, sólo sintió sus manos posarse a ambos lados de su cabeza, colarse entre sus cabellos rubios y guiarla hacia arriba.

Habiendo llegado a la parte superior del miembro con su lengua, envolvió con sus labios el capullo y bajó, acogiendo la dura polla en su boca hasta el fondo. Sharon chupó con avidez, subió a lo largo de la verga y, al llegar al glánde hinchado, se detuvo por un momento, dedicando más atención a la parte sensible del pájaro de Simmons. Después de estimularla bien, se arqueó de nuevo, dejando que el asta mojada se deslizara hacia adentro nuevamente, entre lascivos sonidos de succión.

Pudo entrever a Simmons con la cabeza apoyada en el respaldo del sofá, con los ojos entrecerrados y la respiración acelerada: un incentivo para continuar así, con ese profundo arriba y abajo sobre su polla completamente erecta. Satisfacer a ese hombre desconocido era gratificante, pero sobre todo excitante, a tal punto que Sharon sintió los pezones duros como guijarros empujar contra el encaje de su sujetador, por no mencionar a sus braguitas que a esas alturas estaban empapadas de sus juguitos.

Dios, ¿qué me pasa?

La rabia y la frustración iniciales por lo que se había visto obligada a hacer habían dado paso a una

lujuria incontenible, fruto de años pasados reprimiendo instintos que ni ella ni mucho menos Richard imaginaban que tenía. Al pensar en su marido, un repentino sentimiento de culpa cayó sobre ella como una ducha helada: lo que estaba haciendo era ya una traición, pero darse cuenta que de alguna manera incluso lo disfrutaba, era mucho peor. Sin embargo, no podía mentirle a su cuerpo, vibrante de una tensión sexual que pedía a gritos ser liberada en busca de satisfacción.

Simmons se acercó con su torso y bajó las manos a sus hombros, debajo de sus axilas, para luego aferrarse a sus pechos aún oprimidos por la ropa. Los apretó fuerte, más de lo que Sharon esperaba, haciendo que soltara un gemido ahogado con la boca llena de su polla.

Intentó apartarse, pero una tercera mano se posó en su nuca, reteniéndola. —¿Qué haces, pequeña? Tienes que cogerla toda en tu boca. ¿A dónde quieres ir?

Una leve roce en la parte interna de su muslo, que subía hacia su coño, hizo que se encendieran todas las luces de alerta.

Baxter se había arrodillado detrás de ella: su brazo izquierdo estaba extendido para mantener su cabeza pegada al pubis de Simmons, el otro doblado detrás de sus caderas, entre sus muslos.

Hubiera querido decir algo, pero no podía. Todo lo que salió de su boca sonó como un gruñido incomprensible debido al glande que la llenaba hasta la garganta. Tuvo que aceptar esa constricción y dejar que los dedos del hombre alcanzaran su intimidad.

El camino ascendente que la mano trazó entre sus estrechos muslos terminó en cuestión de segundos. Ese contacto indecente le envió escalofríos a todo el cuerpo; Sharon se contrajo, trató de apartarse, pero chocó con el escultural cuerpo de Baxter sobre ella. Sus descarados dedos, en contacto con la tela, comenzaron a deslizarse por su rajita hasta llegar a su clítoris. Pequeños relámpagos de placer se propagaron desde su coño hasta su vientre y hasta los dedos de sus pies; su respiración se volvió fatigosa, saliendo con dificultad a través de sus fosas nasales, mientras sentía que sus humores mojaban en exceso sus braguitas.

—Pero vaya. Mira lo que tenemos aquí. —La voz profunda de Baxter vibró a espaldas de Sharon —. Aquí abajo está ardiendo, Ron.

—No creo que deba ser yo quien tenga que decirte qué hacer en este caso —respondió Simmons.

Sharon notó que sus palabras estuvieron intercaladas por breves suspiros: el hombre disfrutaba de su boca, de su habilidad, y eso la empujó a empeñarse aún más. Hundió la gruesa polla de Simmons hasta el fondo de su garganta, luego volvió a subir y bajar inmediatamente, aumentando el ritmo.

La mano de Baxter soltó su agarre en su nuca, mientras la otra abandonaba el cálido refugio entre sus muslos.

Sharon apretó las piernas, en parte aliviada, sacudida por un último atisbo de pudor.

Dios... Menos mal, puede que haya terminado aquí.

Esa ilusión duró un momento: los brazos de Baxter rodearon sus caderas y sus manos comenzaron a jugar con sus pantalones.

Sharon no podía aceptar que las cosas fueran más allá, no podía permitir que la follara. Plantó sus manos en el sofá, se sacó la polla de la boca y levantó la cabeza para protestar, pero la mano de Simmons sujetó con fuerza su cara, hundiéndola en sus mejillas.

—¿Qué haces? No te dije que pararas. —Se apartó del respaldo y llegó a rozar su boca con sus labios—. ¿No escuchaste lo que te dijo mi amigo Kevin? Tienes que chupármela, ¿está claro?

El aliento a whisky de su interlocutor nubló sus sentidos; intentó responder, pero los dedos apretaban su rostro con tanta fuerza que no podía mover la mandíbula. Esbozó un “sí” con un ligero asentimiento de cabeza, mientras los ojos feroces de Simmons la miraban fijamente, intimándola a no hacer nada estúpido. La mano del hombre soltó su presa, se posó en su nuca y la empujó en forma brusca para que su boca envolviera de nuevo su polla.

—Vamos, ponte a trabajar, tienes que ganarte el pan, muñeca.

Sí, pero ¿a qué precio? ¿Cuánto le estaba costando esa entrevista? Y sobre todo: ¿qué era ese extraño calor que sentía crecer en su interior como un fuego imparable?

La voz de su consciencia se había vuelto ahora débil, abrumada por la evolución de la situación. Por otra parte, incluso si la hubiera escuchado, sabía lo inútil que habría sido para ella tratar de oponerse a dos hombres.

Dios, qué me está pasando. No puedo dejarlos hacer... Pero ¿cómo hago? Yo...

Con un estremecimiento de miedo apretando su estómago, Sharon continuó chupando la polla de Simmons, mientras Baxter le desabrochaba el cinturón. Sintió que su bragueta se abrió botón tras botón, e inmediatamente la mano cálida ganó terreno en sus pantalones. Sus dedos se deslizaron hábilmente dentro de sus braguitas, acariciando el afeitado vello rubio hasta llegar a su húmedo y caliente coño. El dedo medio se detuvo en el clítoris y bajó a través de la rajita, mientras el índice y el anular apretaban los hinchados labios exteriores.

El corazón de Sharon comenzó a bombear con un loco, acompañando su agitada respiración, luego el dedo entró en ella deslizándose sin encontrar resistencia.

—Joder, qué mojada que estás. —A sus espaldas, la voz de Baxter tenía un tono sorprendido. Se empujó completamente en ella, deslizando su dedo medio dentro y fuera un par de veces, haciendo que se contrajera con cada una de sus intrusiones.

—Bien, pequeña, yo diría que estás más que lista. Ahora déjame a mí.

Sacó el dedo de su coño mojado de humores, retiró la mano de sus braguitas y luego agarró sus pantalones. Los bajó, haciéndolos pasar con dificultad por las redondas caderas de Sharon, y los deslizó hasta casi las rodillas. No se los quitó del todo, los dejó con el cinturón a mitad de sus muslos: el deseo de ver su coño desnudo no le dio tiempo a desnudarla apropiadamente.

El saber que estaba de rodillas, con las piernas constreñidas por los pantalones y las braguitas a la vista, excitó aún más a Sharon.

Hacía mucho tiempo desde la última vez que un hombre había tenido tanta prisa por follársela, y ese hombre no era ciertamente Richard: los seis años de matrimonio con él habían hecho que dejara a un lado sus fantasías. Su marido claramente no era un macho latino; la máxima depravación que había rozado con ella había sido follársela en el sofá, frente al televisor, en lugar de en la cama, aunque siempre en la habitual posición del misionero.

Sólo en ese momento, en esa habitación de hotel con dos desconocidos, Sharon se estaba dando cuenta del peso que el sexo tenía en su vida.

Estaba permitiendo que esos hombres la trataran de una manera inmoral, irrespetuosa, además sabía que no debería haber disfrutado de ser obligada a hacerlo, pero sentirse un mero objeto sexual hacía que en ella vibraran cuerdas que ni siquiera imaginaba que tenía.

Simmons empuñó su cabello con una mano para obligarla una vez más a tragar toda su polla, pero ella esta vez acompañó el gesto con un gemido de placer y curvó la espalda para darle la oportunidad de alcanzar con su mirada su culo redondo con forma de corazón, apretado en las braguitas.

Una verdadera invitación para Baxter que, de rodillas a sus espaldas, las bajó, liberando finalmente las hermosas nalgas de Sharon. Depositó ambas manos en ellas, las apretó, hundiendo sus dedos en su carne firme, y las abrió, regalándose así una vista perfecta de su coño brillante de jugos y, un poco más arriba, del anillito rosado y estrecho.

Los ojos del hombre recorrieron desde los pantalones caídos a mitad del muslo -junto con las braguitas- hasta la chaqueta de oficina semiabierta, para luego volver a fijarse en las partes más íntimas de Sharon, expuestas de forma tan obscena.

Ese contraste lo excitó a tope: outfit y actitud de una directiva de empresa por fuera, pero caliente y desinhibida por dentro. Pensó que no debía ser una prostituta a tiempo completo, sino más bien una simple ama de casa que ganaba un poco de dinero extra mientras su marido estaba en el trabajo. Desde todo punto de vista mucho más atractiva de lo que habría sido una prostituta profesional: había algo de real y natural en Sharon que nunca había visto en una mujer pagada.

Sharon percibió el movimiento de Baxter detrás de ella. Sintió que sus manos bajaban hasta sus caderas desnudas, y sus rodillas se ubicaban en la parte exterior de sus piernas, atrapadas en sus

pantalones caídos. La tensión crecía en ella, acelerando su respiración, en sincronía con la de Simmons, quien, al ver que su colega estaba listo para follársela por detrás, comenzó a mover sus caderas hacia arriba en un intento por empujar su polla cada vez más profundamente en la boca de Sharon.

Ella permaneció inmóvil, dejando que él le follara la boca con vehemencia, mientras aludes de saliva se filtraban de sus labios y corrían por el mástil erecto hasta mojar su vello púbico y sus pelotas.

Sintió que la mano derecha de Baxter abandonaba su cadera y comprendió que estaba a punto de coger su polla y guiarla hacia su coño.

Estaba a nada de pasar, el punto de no retorno había llegado y el frenesí que recorría el cuerpo de Sharon no le permitía más que desear esa penetración hasta las últimas consecuencias.

Cuando el gran capullo entró en contacto con sus labios, su coño tuvo una contracción involuntaria, esperando ansiosamente el siguiente movimiento del hombre.

Baxter frotó la punta de su polla hacia arriba y hacia abajo por su rajita húmeda, acariciando suavemente su intimidad abierta. Cada vez que pasaba, cada vez que rozaba su clítoris, Sharon dejaba escapar un gemido ahogado, obstaculizado por el miembro de Simmons plantado en su garganta.

Luego, sin más preámbulos, Baxter se empujó hasta el fondo.

Ella acusó el golpe, arqueando su espalda, pero inmediatamente después se relajó, extasiada por la sensación de plenitud que le daba esa verga desproporcionada que empalaba su coño. Ya no era tan estrecha como antes, sin embargo en ese momento se sintió de nuevo como una colegiala en su primera vez.

Las cálidas y húmedas paredes de su coño, abrazaron la dura carne del hombre que la penetraba con calculada lentitud, pero sin titubeos, llenándola de una manera que nunca había creído posible.

Sintió los pesados huevos de Baxter golpear contra su sexo y la repentina sensación de vacío cuando él retrocedió, para luego hundirse otra vez en su interior. Los gruñidos del hombre acompañaban las embestidas, invadiendo su coño, vergonzosamente empapado.

Ella comenzó a mover sus caderas, secundando cada una de sus estocadas, buscando desesperadamente tener más. Puso una mano en la polla que llenaba su boca y bombeó hacia abajo y hacia arriba como una furia, chupando el capullo con avidez, mientras estimulaba la punta con su lengua. Advirtió que Simmons estaba próximo a correrse, pero quería disfrutar plenamente la sensación de tener dos pollas dentro de ella mientras duraba. Se sentía como una auténtica puta, de rodillas en el suelo con los pantalones caídos, una polla en el coño y la otra en la boca, con Baxter follándosela desde atrás como un toro cachondo.

De repente, Simmons empujó sus caderas hacia arriba, levantándose del sofá, su picha se sacudió en el fondo de la garganta de Sharon y vertió todo su orgasmo en su boca, un chorro de lefa caliente tras otro.

Ella no se detuvo, chupó y bombeó con confianza la polla hinchada hasta el límite, esta vez saboreando el gusto del placer que ella le había procurado, tragando cada bocado con un disfrute inesperado.

Las manos de Baxter se habían deslizado debajo de su camisa, subiendo por su suave vientre para apretar sus tetas a través del sujetador, mientras la follaba hundiéndose en ella con poderosas embestidas.

Entre esa gran polla forzando su coño, las manos ansiosas que exprimían sus pechos y la polla de Simmons corriéndose en su boca, Sharon se sentía en el séptimo cielo, satisfecha como nunca antes. Cada reparo había desaparecido, cada miedo se había desvanecido, sin mencionar sus sentimientos de culpa que se habían esfumado frente ante tanta exuberante lujuria.

—Oh, joder... —suspiró Simmons, mientras su pájaro empapado se deslizaba fuera de los labios cubiertos de esperma de Sharon—. Fue fantástico.

Sharon lo miró por un momento, luego cerró los ojos jadeando, ebria de pasión, saltando con cada una de las embestidas de Baxter. Después de cada estocada ella retrocedía, rotando las caderas, impaciente por tener otra vez la enorme polla en su interior de inmediato.

—Hagamos espacio para la dama, Ron. —Baxter salió de ella con una sonrisa, seguido por el sonido de su mano palmeando su nalga derecha para llamar su atención—. Te quiero tumbada en el sofá.

De repente, privada de tanta satisfacción, una extraña y nueva sensación de vacío se apoderó de Sharon: fue como si dentro de ella hubiera quedado un agujero frío y doloroso, necesitando ser llenado de nuevo.

Simmons se puso de pie y le ofreció la mano a Sharon para ayudarla a levantarse, luego Baxter la agarró por los hombros, la hizo girar y la empujó hacia el sofá. Mirándola fijamente con sus ojos negros, movió la cabeza para apartar mechones de cabello de su cara.

—Eso es, pequeña. —Comenzó a desabotonarse lentamente la camisa, mostrando su torso esculpido por tanto esfuerzo en el gimnasio y un excelente ADN—. Así te quiero.

Se liberó de todas las prendas y se quedó desnudo en todo su esplendor frente a los ojos lascivos de Sharon. Con esa gran polla dura que descollaba balanceándose entre sus piernas, parecía un gladiador armado con una lanza, a punto de atacar.

Se arrodilló y le bajó los pantalones y las braguitas hasta los tobillos, acarició la parte interna de sus muslos con la yema de sus dedos, descendiendo hasta los pies para quitarle con gracia los décolleté Mary Jane. Una vez que posó en el suelo los zapatos, subió acariciando sus pantorrillas.

—Tienes una piel suave como la seda. —Cogió el pie derecho en su mano, lo levantó y lo recorrió por completo con su lengua, deteniéndose finalmente para hacerle cosquillas en los dedos de los pies con la punta.

Cautivada por el hacer experto del hombre, Sharon se abandonó a sus atenciones. Un chillido y una risita suave escaparon de sus labios, luego Baxter la agarró por sus tobillos y abrió sus piernas de par en par, exponiendo su coño empapado, listo, a sus ojos anhelantes y a su dura polla, que ante esa vista se contrajo en posición de firmes.

El hombre se acercó, apoyó el glande mojado en la abertura que acababa de abandonar y se empujó dentro de ella, movido por un ímpetu que Sharon acogió gritando sus ansias.

—Dios, sí, fóllame —gimió sobre el sofá—, fóllame como una verdadera puta.

—Lo haré, pequeña, no temas, lo haré —jadeó Baxter.

Comenzó a follarla con determinación, con cada embestida sentía su coño mojado abrirse cada vez más, para luego apretarse cuando él retrocedía, como para retener su polla.

Levantó la mirada hacia el rostro de ella: las mejillas sonrojadas, los ojos azules con un toque de maquillaje tras las gafas con montura de carey, la boca abierta por la respiración agitada, los mechones de cabello rubio decorando como un cuadro abstracto el cojín del sofá. En ese momento le pareció la mujer más hermosa que alguna vez hubiera visto: una expresión de pura feminidad al más alto nivel.

Los gemidos que daba con cada embestida eran la prueba vívida de cuánto placer le estaba proporcionando su polla y eran para él un gran motivo de orgullo. Sabía que la mayoría de las prostitutas fingían una lujuria que no sentían, pero habría apostado un brazo a que la mujer tendida frente a él estaba en pleno éxtasis.

Las manos de Baxter se acercaron a sus pechos, palpándolos a través de su chaqueta, antes de comenzar a desabotonar su camisa.

Comprendiendo sus intenciones, los dedos de Sharon se apresuraron a arrancar literalmente los botones, ansiosos por ayudarlo a desnudarla. Quería liberarse lo antes posible de ese último bastión de hipocresía que siempre llevaba consigo, para sentirse desnuda, real, y abandonarse a ese hombre tan poderoso en su masculinidad.

En cuestión de segundos, la chaqueta y la camisa fueron abiertas, las manos del hombre se

posaron sobre su vientre suave y plano, luego subieron. La agarró por los hombros y levantó su torso, ayudándola a quitarse esas últimas, ahora inútiles, barreras de tela.

Sharon estaba desnuda frente a los dos hombres, lista para entregarse a ellos con todo su ser.

Los labios de Baxter se unieron a los suyos y ella le dio la bienvenida con un beso apasionado, envolviendo sus delgados brazos alrededor de sus poderosos hombros. Sus finos dedos se enredaron en el suave cabello negro del hombre, mientras sus lenguas se arremolinaban una en la boca del otro y la polla prepotente de él entraba y salía de su coño.

La boca de Baxter se apartó y bajó lentamente a lo largo de su cuello para jugar con el lóbulo de su oreja, luego más abajo, por la clavícula, el pecho.

Sharon arqueó la espalda para ofrecerse a sus codiciosos labios y él respondió apretando sus generosos pechos. Debajo de la palma de su mano podía percibir la dureza del pezón turgente: una tentadora e irrenunciable invitación que recibió de inmediato, arrojándose con su boca a chuparlo, mordisqueándolo con gracia.

La empujó hacia atrás, recostándola de nuevo sobre el sofá, y comenzó a follarla inclinándose sobre ella, manteniendo su boca aferrada a su pezón.

Sharon se sentía llena al límite, poseída como nunca lo había estado, con cada embestida sus gemidos crecían más y más, hasta convertirse en gritos ahogados. Posó las manos en los brazos marmóreos del hombre, apreciando la solidez de sus tríceps, tensos por el esfuerzo de mantenerlo sobre ella.

Baxter se sintió complacido consigo mismo cuando la sintió arquear su espalda, empujando sus pechos contra él.

Joder, ella realmente lo está disfrutando...

Su polla se deslizaba sin esfuerzo gracias a la humedad natural que inundaba el sexo de Sharon, dándole la confirmación de lo que pensaba: debía ser una prostituta a tiempo parcial, no una auténtica profesional.

Impulsando sus caderas contra el hombre arrodillado entre sus muslos abiertos de par en par, Sharon sintió los primeros temblores de su orgasmo naciendo en su vientre. Ya no era Sharon Cole, corresponsal del Boston Today a la caza de primicias, ya no existían Hughes, la redacción y mucho menos Richard, su marido. Las sensaciones que estaba experimentando habían hecho que saliera de ese capullo que había creado con los años: estaba viva, era libre, y la llama que finalmente podía arder en su interior la llevaba rápidamente hacia el éxtasis absoluto.

Apretó la cabeza de Baxter contra sus pechos con ambas manos firmes en su nuca, para no permitirle que se detuviera, que escapara, mientras chupaba y lamía sus pezones hipersensibles. Los pulmones inflaban su pecho a un ritmo frenético, empujando su torso contra el de él.

Las embestidas de Baxter se volvieron implacables, cada vez que la penetraba, enterraba su polla profundamente en su coño, haciéndola estremecerse y gritar de placer.

Al verla sin más frenos y cada vez más cerca del orgasmo, Baxter se despegó de sus pechos y se levantó sobre sus brazos, haciendo más palanca sobre su pelvis para dar mayor rienda suelta aún al ímpetu animal que estaba imperando en él. Fijó sus ojos oscuros como la noche en los de ella entrecerrados, la vio volver la cabeza hacia atrás, con la respiración entrecortada y los nervios tensos en el cuello: era el momento.

Tomó sus dos muñecas, se apoyó pesadamente en ellas para inmovilizarla, y gruñendo como una bestia herida, le propinó una serie de furiosas embestidas, llevándola al máximo placer en un instante.

Sharon se contorsionó, sintiendo arder ese fuego tan largamente descuidado, un calor electrizante que se propagó en un instante desde su bajo vientre a todo el resto de su cuerpo. Con un grito liberador se dejó llevar y comenzó a temblar como una hoja, su respiración en un primer momento interrumpida se volvió profunda y trabajosa, al tiempo que las convulsiones orgásmicas se apoderaban de sus piernas, haciéndolas temblar incontrolablemente.

Baxter, presa de su furia animal, siguió empujándose dentro de ella, sin ninguna consideración, mientras sentía cada vez más cerca el momento en el que ya no podría contenerse. Se levantó, agarró sus tobillos y le abrió las piernas lo más que pudo.

La visión de su polla desapareciendo en el coño de Sharon, aún tembloroso frente a él, sus tetas bailando con cada una de sus embestidas, fueron la gota que hizo rebalsar el vaso.

—Jesús, yo también me corro, pequeña...

Sharon sintió que el enorme miembro se contraía dentro de ella, llenándola desmesuradamente. Después de una fuerte pulsación, el primer chorro caliente invadió su coño, seguido de una serie de largos y potentes disparos de lefa.

Ella lo atrajo a sí, se aferró al hombre con todas sus fuerzas, sus brazos en la poderosa espalda de él, con las uñas clavadas en su carne y las piernas envueltas a la altura de sus riñones. Anhelaba el contacto con su cuerpo, el calor masculino de sus músculos presionados contra sus pechos, para disfrutar plenamente de ese momento celestial que los estaba uniendo.

El pico del placer se desvaneció, dejando a ambos mecidos por una dulce sobredosis de eufórica ligereza. Su respiración recuperó poco a poco un ritmo normal, mientras sus cuerpos se relajaban, echados uno sobre el otro.

Baxter, mejilla con mejilla, le susurró al oído a Sharon.

—Eres fantástica, te follaría infinitamente.

Ella, aún llena de su miembro, le respondió con un profundo suspiro de dicha.

—Debo decir... que tú tampoco... estás nada mal.

Lentamente desató sus piernas de la espalda del hombre y las dejó caer, exhausta, posando sus pies descalzos sobre la alfombra.

Baxter se levantó separándose ligeramente de ella, bajó con el rostro, en parte cubierto por sus mechones azabache, hasta posar un tierno beso en sus labios, y luego se salió, privándola de ese placentero dolor sordo entre sus piernas.

Sharon volvió la mirada hacia su derecha y vio a Simmons, sentado en una butaca a un par de metros de distancia; se había quitado toda la ropa y se acariciaba la polla, de nuevo dura.

La miró complacido. —Al parecer, uno no puede ir un momento al baño, que se pierde la mejor parte.

Sharon le sonrió, pillando el chiste, pero no respondió: un pensamiento se abrió paso en su mente.

Tendré que follar también con él...

Baxter se puso de pie, algo inestable, aumentando así el orgullo de la chica. Se acercó a la butaca más cercana y se dejó caer en ella con un suspiro de profunda satisfacción.

Sharon se apoyó en sus codos para admirar mejor a ese espléndido ejemplar de hombre que tanto le había dado. Se detuvo en el amplio torso que se expandía y se contraía con cada respiración, luego bajó a los tensos abdominales y terminó mirando la gran polla exhausta, que descansaba sobre su musculoso muslo izquierdo.

Aún le costaba creer lo que había experimentado gracias a él.

Un intercambio de sonrisas cómplices selló ese momento de unión entre ambos: sentían que acababan de vivir algo que iba más allá del mero sexo.

Rompiendo ese intenso diálogo de miradas, Simmons se levantó de la butaca. Se interpuso entre ellos acercándose al sofá con su larga picha balanceándose visiblemente ante él.

—Bien, debo decir que fue un espectáculo realmente bueno. —Se detuvo de pie, con las manos en las caderas, a pocos centímetros de sus piernas.

—Lo sé, yo también estuve allí —respondió Sharon sorprendida por su rapidez, considerando cómo se sentía—. Sin embargo tengo que advertirte: me siento algo dolorida en este momento.

Era comprensible: Baxter no se había ahorrado nada y con la impetuosidad de su polla la había dejado bastante dolorida entre las piernas.

—Oh, no hay problema. —Simmons ya tenía la solución—. ¿Por qué no te giras y te arrodillas? —sugirió.

Sharon hizo lo que le pidió, imaginando que él quería usar de nuevo su boca.

Querrá otra mamada, pensó. Dios, realmente soy una furcia. Arrodillada en el sofá, apoyó los codos en el reposabrazos, a la espera de nuevas instrucciones.

Simmons entró en contacto con su cuerpo, su largo miembro rozó sus costillas, mientras le apartaba el cabello de la nuca y depositaba un suave beso, provocando repentinamente piel de gallina en todo su cuerpo desnudo. Bajó por la espalda arqueada, trazando con los labios su columna vertebral, con extenuante lentitud, sin perderse siquiera un milímetro de la cálida y suave piel de Sharon.

Ella se dejó mimar por aquel tierno estímulo; sus centros nerviosos así alertados, enviaron pequeñas descargas eléctricas a su dolorido coño, compensando en parte el sufrimiento que estaba mermando. Se llevó una mano a los senos, cogió el pezón entre el pulgar y el índice y jugó con él.

Los labios de Simmons comenzaron a descender nuevamente y llegaron al punto en el que la columna desaparecía entre las nalgas. Abrió la boca y empezó a abrirse paso con su lengua en el surco, hasta detenerse entre las cachas, en el agujerito. Posó las manos en sus sentaderas y las abrió de par en par, exponiendo el anillito rosado a su vista, dispuesto para sus lascivos deseos.

Sharon arqueó más la espalda y abrió las piernas, levantando el culo en el aire; la lengua rozó su anillito, haciendo que se estremeciera con un gemido. Ansiaba ese toque delicado en su coño, sin dudas habría curado algo del dolor infligido por la gran polla de Baxter poco antes, pero Simmons se detuvo allí y comenzó a empujar insistentemente contra su agujero más privado, hasta que ella tuvo que ceder y la impúdica lengua del hombre se introdujo en su hoyito.

—¿Qu... Qué haces? —Sharon dio un respingo, dividida entre el estado de alerta y la excitación, sintiéndose violada en su íntimo recoveco. Contuvo la respiración, turbada por aquella nueva sensación tan transgresora, mientras con una cierta sorpresa descubría cuánto le gustaba aquel gesto tan perverso y prohibido.

Perdida en el descubrimiento ese nuevo disfrute, Sharon volvió a estar alerta, al sentir a Simmons retirarse e inmediatamente a continuación jugar con algo de plástico.

Mamada un pimiento: oh Dios, creo que se está poniendo un condón. Está bien que no sea grande como Kevin, pero...

Estaba girando la cabeza para ver qué pasaba cuando sintió que algo frío y viscoso tocaba su agujerito. De nuevo se estremeció mientras el dedo índice de la mano derecha de Simmons se deslizaba en su culo.

Sharon se giró de repente y vio al hombre, con una rodilla en el sofá, concentrado en su trasero. Abrió mucho los ojos cuando se dio cuenta de que en su mano tenía un frasco abierto de vaselina; le estaba lubricando el culo y, haciendo de tripas corazón, vio que también su larga polla ya estaba cubierta de una abundante cantidad de esa sustancia viscosa y brillante.

—Pero... ¿qué quieres hacer? —Esas palabras salieron de su boca de una sola vez, aunque la respuesta era obvia.

—Relájate —la tranquilizó Simmons—. No te hará daño.

—No... no puedes follarme... allí —balbuceó Sharon.

—¿Qué pasa? No me dirás que nunca lo has hecho. —Simmons posó el frasquito en la mesa de café y se acomodó detrás de ella. Pasó su dedo por el surco entre sus nalgas, limpiando el último residuo del lubricante, y agarró sus caderas.

—Por qué... —Sharon tragó, con visible dificultad, respondiendo en un último intento desesperado—. ¿Por qué mejor no la tomo en mi boca?

—Nah... Ya lo hiciste. —Baxter, sentado en su butaca, intervino con su tono burlón; estaba siguiendo con gran interés los movimientos de su colega.

—Tú misma lo dijiste —continuó Simmons—, el coño te duele... Pero no te preocupes: lo haré

lentamente y usará mucho lubricante. Todo estará bien.

La tensión secó la boca de Sharon, sin embargo esa parte lasciva de ella que acababa de descubrir que tenía, le impidió reaccionar. Esa Sharon lo quería, quería experimentar la sensación de ser follada por el culo, más aún por un desconocido, mientras su parte racional corría en ayuda de su consciencia.

Y bien, que así sea: si tengo que ser una puta, tengo que llegar hasta el final. Tengo que pensar que lo hago por trabajo, nada más.

Simmons blandió su polla dura y pringada, mientras con su otra mano apretaba su nalga izquierda para moverla y liberar su acceso. Avanzó hasta que el capullo, cubierto de vaselina, se apoyó en el agujerito lubricado de Sharon, y comenzó a empujar con cautela.

La periodista sintió la punta de la polla presionar contra su abertura más íntima e intacta; por instinto contrajo los músculos de su esfínter, luego se relajó, permitiendo que el hombre entrara en ella de esa manera tan impúdica.

El capullo se deslizó por completo dentro, atravesando con su espesor el anillo más estrecho del culo de Sharon, que saltó, contrajo las nalgas y arqueó la espalda, sacudida por una punzada de dolor que le arrancó un grito de la boca.

Simmons se detuvo, manteniéndose inmóvil con el capullo apenas dentro de la abertura. Unos segundos después la escuchó suspirar de alivio: el dolor se estaba desvaneciendo, podía continuar empujando su polla dura dentro de ella. Le apretó las cachas con las manos y bajó la mirada para disfrutar el espectáculo de su polla que, centímetro tras centímetro, se colaba en el culo de Sharon.

Su pecho comenzó a moverse convulsivamente debido a su hambre de aire: su cabeza vuelta hacia abajo, su cabello cayendo hasta cubrir su rostro contraído. Había pasado el momento doloroso y estaba empezando a disfrutar de esa penetración tan viciosa. No podía comprender cuánto de ese placer era causado por la sensación física de tener una polla en su culo y cuánto por las circunstancias que la habían llevado hasta allí. En cualquier caso, su mente flaqueó y le permitió vivir plenamente el momento.

Simmons, con extrema precaución, continuaba deslizándose dentro de ella, se retiraba apenas para luego ir un poco más profundamente con la embestida siguiente. Cuando la mitad de su polla desapareció entre sus cachetes, la vio empujar su trasero hacia atrás, invitándolo a adentrarse cada vez más en sus entrañas, dando gemidos ahogados entre un suspiro y el otro.

Sharon dejó caer su cabeza y clavó sus ojos en el techo, en completo éxtasis: se sentía llena de una manera nueva, satisfactoria y perturbadora al mismo tiempo.

De repente las caderas de Simmons se adhirieron a sus nalgas: la había penetrado por completo, y la voz jadeante a sus espaldas confirmó lo que sentía.

—Joder, qué hermosa sensación... —Simmons se quedó quieto para disfrutar de su polla envuelta por sus cálidas entrañas y para dejar que se acostumbrara a su invasiva presencia—. Eres tan estrecha...

Escuchar al hombre involucrado de esa manera y satisfecho con su agujerito trasero, le regaló otra inyección de orgullo.

—Tu polla es tan grande dentro de mí —aulló Sharon, ondeando sus caderas para apreciar mejor la verga dura que dilataba su carne—. Ahora fóllame: quiero que me folles el culo.

Simmons no esperaba nada más que una invitación como esa: por las dificultades que había tenido para recibirlo, comprendió que era la primera vez para ella y, si ahora lo quería, significaba que le estaba gustando.

Se retiró, viendo cómo su polla salía centímetro a centímetro del forzado y estrecho hoyito. Cuando dentro sólo quedaba el capullo, empujó hacia delante, pero con más determinación, hundiéndose por completo en el culo de Sharon.

—Mmh... Dios, así me destrozas...

Simmons, haciendo caso omiso a esas palabras, comenzó a tirársela con un ritmo creciente,

dentro y fuera, dentro y fuera, manteniendo sus nalgas bien abiertas para disfrutar las vistas de su polla follándole el culo.

Sharon, ya acostumbrada, empujaba hacia atrás con cada embestida: lo había aceptado y ahora lo ansiaba, víctima de una extraña sensación de dolor mezclado con placer, que comenzaba a irradiarse desde su bajo vientre hacia todo el cuerpo. Era como un gran calor, que la estaba envolviendo, mimándola para llevarla cada vez más alto, mientras la dura polla bombeaba en su culo con estocadas largas y decididas.

Pequeños ríos de sudor caían de su frente y mojaban su rostro; Sharon empujó sus gafas en su nariz antes de que pudieran caerse, luego se agarró al brazo del sofá con ambas manos y empezó a impulsarse contra la polla de Simmons con determinación, siguiendo el ritmo de cada asalto, golosa y dilatada al máximo.

—Vamos, así, fóllame el culo.

Los dedos de Simmons se hundieron en la cálida carne de sus nalgas que vibraban al ritmo de sus incesantes embestidas. Luego levantó su mano derecha y la estrelló violentamente sobre el firme trasero, una, dos, tres veces, hasta que vio que la piel se teñía de un color rojo violáceo.

Sharon recibió la última nalgada gritando con los dientes apretados, pero sin quejarse, atrapada en ese éxtasis que magnificaba todos sus sentidos.

El hombre llevaba ya unos diez minutos follándole el culo, en la habitación resonaban sus gemidos y los golpes continuos de la carne contra la carne, cuando Baxter se levantó de la butaca y se aproximó.

Se acercó al costado del sofá y se detuvo de pie, apoyado en el reposabrazos al que Sharon se había aferrado con los dedos apretados sobre el terciopelo. Al percibir su presencia, abrió los ojos y encontró su polla, semidura, a pocos milímetros de su nariz.

Baxter la cogió en su mano y la usó para abofetear sus mejillas, pero ella abrió la boca, como un recién nacido hambriento que busca el pezón de su madre, y dejó que el grueso capullo entrara entre sus labios hinchados.

Por un instante imaginó cómo debía verse en ese momento, arrodillada con una polla en el culo y otra en la boca. Envolvió con fuerza los labios alrededor del miembro de Baxter y chupó, con avidez, sintiéndolo latir e inflamarse.

Detrás de ella, las embestidas de Simmons la hacían saltar, aumentando cada vez más ese extraño calor que se difundía desde su vientre y empezaba a subir. Algo similar a un orgasmo, pero diferente, más profundo e interno.

Presa de ese agradable tormento, Sharon se encontró rezando en su interior para que Simmons no se detuviera, para que la llevara a ese clímax que aún no conocía.

Mientras hacía gemir de placer a Baxter, chupando su enorme polla lo mejor que podía y trabajando con su lengua la punta del capullo, escuchó la respiración de Simmons volverse muy agitada detrás de ella.

—No. No te corras, todavía no —lo intimó, sacando el miembro de su boca.

—Lo siento, muñeca, estoy llegando. —Simmons hubiera querido continuar para siempre, pero a esas alturas estaba al límite y verla tomar de nuevo la polla de su colega en la boca no ayudaba en absoluto.

—Tienes un culo increíble, no puedo resistirme más.

—Espérame, estoy...

La mano de Baxter agarró su cabeza y la giró, luego con la otra hundió su pájaro de nuevo en su boca, truncando su protesta.

—Cállate y no pares. —Lo empujó en su interior sin miramientos—. Tienes que chupármelo.

Simmons entendió la situación de Sharon y pensó que verla correrse mientras él la sodomizaba, quizás al mismo tiempo que él, debía ser fantástico.

Apretó los dientes y continuó jodiéndola, obligando a su mente a concentrarse en la aburrida

conferencia de la semana anterior, en todos esos números, en esas cuentas y en esas palabras frías y vacías. Trató de recordar el menú del servicio de habitaciones, intentó calcular el número de cuartos en ese piso del hotel, cualquier cosa con tal de distraerse de la sensación creciente que pulsaba en su polla y en sus huevos.

Después de unos segundos de esos pensamientos forzados, sintió que el impulso desaceleraba: estaba funcionando. Precisamente en ese momento advirtió que el culo de Sharon se contraía, apretando alrededor de su pájaro ahora en el culmen.

Lo había logrado. Cabalgó la ola y se dejó llevar, estrellando violentamente su polla en su culo, en una serie de embestidas poderosas y rápidas.

Para Sharon fue el golpe de gracia que no esperaba. Algo extraño se movía dentro de ella, crecía como la lava de un volcán que está a punto de hacer erupción, imparable y al rojo vivo. Cuando finalmente llegó, fue como si fluyera en su cuerpo y lo envolviera por completo: un placentero baño caliente y eléctrico al mismo tiempo.

Comenzó con esas pequeñas contracciones musculares en su bajo vientre, que aumentaban en fuerza y duración, hasta que los que parecían deliciosos calambres se apoderaron de ella y de su control.

Baxter entendió, le sacó la polla de la boca, dejándola disfrutar de su orgasmo sin ningún impedimento.

Libre de todo freno, Sharon se abandonó a esa nueva y abrumadora descarga que explotaba en su interior, y lo gritó al mundo entero.

—Dios... Dios... me corro. ¡Sí, sí!

Sintió que su corazón redoblaba como un tambor en su pecho, sacudido por su respiración acelerada. Su cuerpo fue atravesado por espasmos musculares incontrolados, sus ojos se pusieron en blanco, y pequeñas sacudidas fluyeron desde su vientre propagándose hacia arriba, en un abrazo vicioso y al mismo tiempo divino.

Extremadamente estimulado, Simmons ya no pudo resistir. Hincó su polla profundamente en el culo de Sharon y allí se quedó, dejándose llevar por su orgasmo liberador.

Gruñendo como una bestia herida, inundó las entrañas de la chica con potentes chorros de esperma, mientras veía a Baxter arquear la espalda, empujar con las caderas y rociar su semen en su rostro y su cabello, coronando también su clímax de placer.

Se dejó caer en el sofá, seguido tanto por Sharon como por Simmons.

Los tres se desplomaron como trapos recién escurridos, disfrutando de esa celestial sensación de extrema complacencia, desnudos, jadeantes y satisfechos.

La primera en romper ese momento mágico fue Sharon, fastidiada por un hilo de semen que desde su frente había comenzado a marcar su rostro bajando hacia su boca.

—Creo que necesito una buena ducha.

—Claro, adelante.—Simmons apenas alzó la mano del reposabrazos para señalar el baño—. Es esa puerta de allí.

Ella intentó levantarse sobre sus piernas, pero cayó en forma estrepitosa hacia atrás, aterrizando sentada entre los dos hombres.

Baxter se puso de pie, también él algo vacilante, y le tendió su mano como un perfecto caballero.

—Por favor, señorita, la veo con algunas dificultades. Agárrese a mí.

Ella lo miró, devolviendo esa sonrisa sarcástica que vio asomarse en su boca.

—¿Te parece que no puedo hacerlo sola?

—Yo diría que no, en absoluto.

En un arrebatado de orgullo, Sharon reunió todas sus fuerzas, se levantó y se dirigió hacia el aseo. Cuando estaba a punto de alcanzarlo se giró y le guiñó el ojo, el que no estaba cubierto de semen.

—Obviamente no me conoces.

Oyó la carcajada de Baxter, mientras entraba en el baño y cerraba la puerta detrás de ella. A

continuación se encaminó hacia la cabina de la ducha y abrió el grifo de agua caliente.

Al cabo de tan solo un par de segundos, dio un paso y el chorro aún tibio la envolvió: quería sentir la agradable sensación del agua calentándose sobre ella, purificándola.

Se dejó mimar largamente, hasta el punto de perder la noción del tiempo. Únicamente cuando el baño estuvo lleno de vapor decidió cerrar el agua y salir de la ducha; tomó la toalla, la pasó por debajo de sus axilas y la anudó fuertemente sobre su busto. Luego saltó y gritó: dos grandes manos se superpusieron a las de ellas, entrelazadas en su pecho, y la voz cavernosa de Baxter resonó en su torso presionado contra sus hombros.

—Me di cuenta, sabes.

—Dios santo, Kevin, casi me da un infarto. —Quién sabe si su corazón había vuelto a latir así por el miedo o por lo que sentía—. ¿De qué te diste cuenta?

—No finjas, ya sabes a lo que me refiero. —La agarró por su hombro y la giró, luego se inclinó sobre ella hasta quedar a un milímetro de su boca—. No eres una prostituta.

¿Cómo supo que me sentía así?

Los labios de Baxter cayeron sobre los de Sharon y sus manos se apresuraron a abrazarla. La dejó sin aliento con un beso tan cargado de pasión que casi la hizo perder el conocimiento, abrumada por ese torbellino de emociones.

Lo que sintió la perturbó profundamente. Demasiado profundamente.

El beso de ese hombre fue como un terremoto. Con sus sacudidas estaba reabriendo todos los cajones llenos de sueños y deseos que en los últimos años había cerrado cuidadosamente y que se había resignado a no volver a abrir nunca más.

Colocó las palmas sobre los pectorales de Baxter, le clavó las uñas y luego lo empujó como pudo.

—Yo... Lo siento, tengo que irme ahora.

Dio media vuelta para salir, pero el agarre del hombre se hizo más fuerte en su brazo.

—¿Por qué? ¿No es cierto? Entonces dime que no te gustó.

Igual daba admitirlo.

—Bien, sí, me gustó, y no, por supuesto que no soy una prostituta.

—¿Lo ves? Lo sabía, lo comprendí de inmediato, tan pronto como apareciste en la puerta.

—¿En verdad? ¿Y cómo lo comprendiste? No sabes nada de mí, de mi vida... —Bajó la mirada, sintiéndose repentinamente débil y superada por las circunstancias que la habían llevado hasta ese punto, pero el dedo índice de Baxter se posó delicadamente bajo su barbilla y levantó su rostro.

—Me bastó ver cómo vestías, tu porte distinguido, tu orgullo. Una gran mujer, una verdadera mujer, ciertamente no una simple escort barata.

Los ojos de Sharon, fijos en los suyos, se abrieron como platos.

Baxter cogió su rostro entre sus manos y le dio un cariñoso beso en la frente.

—Por supuesto, por supuesto, pequeña. No te preocupes, sé que lo haces sólo porque debes. —Cogió su mano y la acompañó hasta la sala, donde Simmons dormitaba, ajeno a todo—. Ahora ven, es justo que recibas lo que te corresponde.

Se acercó a la gran cómoda frente a la ventana y cogió su cartera del cajón superior. —Por teléfono con tu agente acordé setecientos dólares, pero considerando todo, y el hecho de que éramos dos... Aquí, son mil, trescientos, todos para ti.

—¿Cómo? ¿Agente? ¿Dinero? Pero yo no quiero vuestro dinero, ¿por quién me has tomado?

—Realmente te tomamos porque nos apetecía un polvo, me parece obvio. De lo contrario, ¿para qué llamas a una escort?

—¿Otra vez con esta escort? Ahora es suficiente. —Dejó caer la toalla al suelo y comenzó a vestirse, molesta—. Soy Sharon Cole del Boston Today y podéis estar seguros de que no dejo que nadie me trate así por ningún motivo. ¡Iros al demonio, vosotros y la entrevista!

Baxter se sobresaltó y se giró para mirar a Simmons que se había despertado con curiosidad.

—Ron, ¿escuchaste eso? Increíble. —Se volvió para mirarla, todavía incrédulo por el gigantesco

equivoco, y luego se echó a reír, seguido de inmediato por su colega—. Tienes que perdonarnos, “Sharon Cole del Boston Today”. El caso es que poco antes de que llegaras, habíamos llamado a una agencia aquí de la zona para que nos enviaran una escort y... tan sólo unos minutos después tocaste a la puerta tú.

Pues sí: cuando un terremoto llega, lo hace sin avisar.

Sharon se desplomó en la butaca, a medio vestir, con un zapato en la mano. Miró su décolleté Mary Jane de ciento ochenta dólares y lo dejó caer al suelo, desconsolada, con los codos apoyados en sus rodillas.

Baxter se acercó, su gran polla se balanceó frente a ella, como echándole en cara lo que había sucedido, luego, por enésima vez, le levantó la barbilla con dos dedos.

—Termina de vestirme, Sharon, y no te preocupes. Tendrás tu entrevista.

Después de aproximadamente una hora de preguntas y notas, Sharon se despidió. Baxter la acompañó a la puerta y besó su mano como un auténtico caballero.

—Espero que sea un hasta pronto, mi dulce Sharon.

Ella se liberó y se dirigió hacia el pasillo, oyendo el sonido sordo de la puerta que se cerraba a sus espaldas. Se acercó al ascensor, estaba a punto de presionar el botón para llamarlo, pero las puertas se abrieron y apareció la prueba viviente de la sinceridad de Baxter. Una chica atractiva de unos veinte años, minifalda de cuero negro que llegaba a la altura de la ingle sobre medias invisibles y botas hasta la rodilla, de tacón alto. La camisa roja semi abierta para mostrar sus tetas operadas y dos labios igualmente rojos, que de naturales no tenían nada.

Miró a Sharon con un dejo de superioridad, salió y avanzó sobre la alfombra, contoneándose como si tuviera que apartar moscas con su culo, para luego detenerse frente a la puerta que acababa de cerrarse.

Sharon entró, presionó el botón de la planta baja, las puertas se cerraron y ella se ubicó frente al espejo. Se acomodó el cabello, las gafas en la nariz y luego en su boca apareció una sonrisa. Pensó en esa chica y le agradeció en voz alta, porque a fin de cuentas también era mérito suyo si había obtenido esa bendita entrevista, y ahora su vida cambiaría, por fin volvería a ser Sharon Cole, primera reportera del Boston Today.

Esa tarde la redacción estaba más caótica que de costumbre. Sharon se sentó en su escritorio, encendió su ordenador e inició sesión en el sistema.

Con orgullo sacó la memoria USB de su bolso, la insertó y copió el archivo en la carpeta “Hughes”; después de menos de un minuto, el teléfono dio los dos timbre que esperaba.

—Sharon Cole.

—Sharon, a mi oficina.

Llevó la mano con los dedos juntos hacia a la frente, en un teatral saludo militar con el que pretendía tomarle el pelo—. ¡A su órdenes, jefe!

Hughes la esperaba con la mirada fija en el monitor y el gran cigarro, apagado, pendiendo de su

boca.

—Entra, entra, Sharon. Siéntate.

Se sentó con dificultad, teniendo que controlar su ego que la empujaba hacia el techo—. ¿Leyó la entrevista?

—Sí, la leí, pero por lo que parece no ha terminado aquí.

—¿A qué se refiere con que “no ha terminado aquí”? ¿Acaso no querrá faltar a su palabra, verdad, jefe?

—Nada de faltar a mi palabra, sabes que no soy de esa clase de personas. —Cerró el portátil y la miró fijamente a los ojos—. Hiciste un excelente trabajo, Sharon, felicitaciones.

—Menos mal, por un momento pensé lo peor. Entonces, ¿de nuevo cuento con su favor?

—Por supuesto, eres de nuevo mi primera reportera, pero eso no quita que no has terminado el trabajo.

Sharon empezaba a sentirse nerviosa, se acomodó las gafas en la nariz, como solía hacer en los momentos de tensión.

—¿Pero cómo? Di... mi alma por esa entrevista, jefe. ¿Y ahora no es suficiente?

—La entrevista de esta mañana está muy bien, gran pieza, pero hace media hora me llamó mi contacto: al parecer Baxter y Simmons tienen una revelación ultra secreta para dar. Entonces les dije que iría a reunirme con ellos en persona, pero por lo que parece le has causado una buena impresión a esos dos: sólo te quieren a ti. Esta noche a las nueve, mismo hotel, misma habitación.

No había necesidad de oír nada más. Sharon lo había entendido, el mensaje le había llegado claro y directo.

—No me lo perderé, jefe.

A cualquier precio... pensó, mientras se levantaba y le sonreía a Hughes, orgullosa de sí misma y lista para cumplir con su deber.

Gracias por haber leído mi historia,
espero que la hayas disfrutado.

Si deseas dejarme una reseña,
estaré encantada de leerla!

[En este enlace encontrarás todos mis escritos](#)

Sígueme para no perderte mis últimas publicaciones en español.

Feliz lectura y... ¡diviértete!